

Al papa Pío XII se le ha condenado a la *damnatio memoriae* (condena de la memoria) por su valiente oposición:

- En el plano civil, al comunismo y al socialismo, además de por su apoyo al régimen de Franco.
- En el plano eclesial, al liberalismo teológico o modernismo. Esto es, al proceso de protestantización del catolicismo desencadenado tras su muerte.

Por ello, el marxismo cultural imperante hoy nunca consentirá la menor rehabilitación de su gigantesca figura histórica; y la Iglesia salida del Vaticano II jamás permitirá que sea reconocida su santidad y sabiduría. De ahí que la presente obra de Ernesto García Vicente, reivindicadora de la verdad histórica, adquiera una importancia decisiva. Porque sin la restauración de la verdad de los hechos, de la historia, no podrá restaurarse la verdad de las ideas, de los principios filosóficos, teológicos, jurídicos y culturales de la religión católica.

La admiración y gratitud del mundo en general y de la comunidad judía en particular hacia el papa Pío XII fue unánime hasta que el 20 de febrero de 1963, sólo cinco años después de su muerte. En esa fecha se estrenó en Berlín la obra teatral, *El Vicario* de Rolf Hochhuth, basada en un relato de ficción y financiada por los servicios secretos (KGB) de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Formaba parte de una campaña denigratoria, que arrancaba desde el final de la Segunda Guerra Mundial, orquestada por el comunismo bolchevique y lanzada por medio de sus satélites: los distintos partidos comunistas repartidos por todo el mundo. No obstante, la contundencia de los hechos y los innumerables testigos hizo que tal calumnia cayera pronto en el olvido. Sin embargo, en el escenario de la Guerra Fría, con el comunismo en auge a nivel mundial, logró imponerse de forma generalizada a partir de finales de los años sesenta, con el fin manchar su figura heroica. Una campaña que resurge periódicamente llegando hasta nuestros días.

La dirección de la obra de teatro estaba a cargo de Erwin Piscator, un militante comunista creador del denominado «teatro político». Se estaban produciendo las primicias de la revolución de 1968, que en Alemania no fue un movimiento circunscrito al ámbito universitario, sino que afectó profundamente a toda la sociedad, incluida la propia Iglesia. En un caldo de cultivo revisionista, esta generación acusaba a sus padres de haber encumbrado al poder a Adolf Hitler. Ya no se trataba de hasta qué punto el papa salvó a cientos de miles de judíos de una muerte segura, sino de si condenó «suficientemente» el nacional-socialismo. En realidad, no era más que el intento de la izquierda germana, financiada por el socialismo ruso, con el fin de descargar sobre el odiado papa los horribles crímenes del Tercer Reich que tanto pesaban sobre la conciencia de los alemanes.

En cuanto a la credibilidad de las investigaciones históricas de Hochhuth, existen hechos interesantes de los que hoy no quiere hablarse. Por ejemplo, que escribió otro drama, *Los soldados*, en el que acusaba a Winston Churchill de haber ordenado asesinar al general polaco Sikorski. De hecho, el general murió en un accidente aéreo en Gibraltar. Hochhuth estaba convencido de que no había habido supervivientes, pero el piloto del avión, que todavía se encontraba con vida, lo desmintió todo con una avalancha de datos incontestables. La BBC y la prensa inglesa atacaron a Hochhuth por haber difundido tan alarmantes noticias

careciendo de prueba alguna. Desde entonces Hochhuth no fue tomado en serio por nadie. Excepto, curiosamente, en lo que se refiere a sus calumnias sobre Pío XII.

Basándose en la enorme masa documental ya desclasificada, sin lugar a duda, son completamente falsas las afirmaciones de Hochhuth acerca del unánime clamor mundial contra Hitler al que Pío XII habría hecho oídos sordos. La ficción es muy poderosa y posee un poder de fascinación del que la literatura histórica especializada y la investigación archivística carecen. En una época de suma decadencia cultural como la actual, el pueblo es adoctrinado por los medios de comunicación a placer, llegando al punto de convertir en mal lo que antes se consideraba bien y viceversa.

Hay que apuntar a otro lugar para encontrar los motivos de «incomodidad existencial» por los que se produjo este giro colectivo iniciado por el pueblo alemán. Pues, aunque una inmensa mayoría de alemanes fuera consciente de que esta obra de teatro no tuviera nada que ver con la realidad; es más cómodo hacer el responsable casi exclusivo del genocidio hebreo, a modo de chivo expiatorio, el supuesto silencio de un papa, que, a la colaboración activa de millones de alemanes arios, cultos y acomodados económicamente. Nobles e idealistas ciudadanos que, cuanto menos, miraron para otro lado, y que a menudo se beneficiaron económicamente de él y no raramente participaron en él. A todos aquellos que atacan a Pío XII debido a su «silencio», sería bueno que leyeran como hablaba el Sumo Pontífice en su radiomensaje de Navidad de 1942, donde denuncia: «los cientos de millares de personas que, sin culpa propia alguna, solo por razones de nacionalidad o de raza, se ven destinados a la muerte o a un progresivo aniquilamiento».

Llegamos así hasta el año 2002, cuando se estrenaba la película *Amén* de Constantin Costa-Gavras, con una campaña de promoción muy considerable, que tiene como fin continuar la denigración del Pío XII y por extensión de la Iglesia Católica. Por ejemplo, en el cartel de la película aparecía una cruz deformada: mezcla de la cruz de Nuestro Señor Jesucristo y de la cruz gamada. El género de la ficción histórica impone muchos simplismos, los espectadores que vean esta película pensarán así que el papa, y con él la Iglesia, pronunciaron un *Amén* cómplice al nacional-socialismo.

La acción se desarrolla durante la Segunda Guerra Mundial. El protagonista, personaje imaginario, es un joven jesuita, el Padre Ricardo Fontana, que se entrevista con un personaje que sí existió realmente: Kurt Gerstein. En 1941, este ferviente protestante se enrola en las Waffen SS, para «echar un vistazo en los bastidores del foco del mal», como escribiría después de la guerra en un informe que redactará en la cárcel antes de suicidarse. Después de asistir a las experiencias con gas Zyklon-B en el campo de concentración de Treblinka, Gerstein intenta alertar a los aliados. A su vez, el P. Fontana transmite la espantosa noticia al Vaticano. Llega hasta Pío XII, pero el papa sigue inflexible: no hará uso de la palabra para denunciar el exterminio de los judíos. Llegado a este punto, el jesuita decide entonces compartir la suerte de los perseguidos. Se impone la estrella de David amarilla haciéndose deportar voluntariamente. Muere, pero salvando el honor de la Iglesia «de base», dejando en muy mal lugar a la jerarquía, empezando por el papa, o Iglesia «oficial».

El juicio y condena lanzados contra Pío XII son un ejemplo fantástico, acerca de la facilidad existente de cara a la inversión total de la opinión pública por medio de la propaganda. Al final de la guerra era el papa de los aliados, el papa de la paz, empero, desde hace décadas

pasará a ser el papa de Hitler. Este juicio póstumo no se basa en ninguna prueba histórica inédita, en ningún testimonio novedoso. Al contrario, toda la investigación a día de hoy sólo hace que su estatura moral no deje de crecer. Se demuestra así que el pretendido antisemitismo que se achaca a la Iglesia no deja de ser otra mera patraña que solo busca ensuciar su imagen ante la opinión pública mundial. También curiosamente, aquellos que hasta hace poco tiempo acusaban a la Iglesia de antijudía, son los mismos que en el conflicto palestino-israelí se congratulan del asesinato, tortura y violación de civiles hebreos.

No obstante, y para concluir, se suele pasar por alto un detalle no pequeño. Generalmente se piensa que todo el mundo conocía al detalle lo que estaba sucediendo en los campos de concentración alemanes, desde su puesta en funcionamiento hacia finales de 1939. En realidad, no era así. En la primavera de 1942, a través de las nunciaturas de Suiza y Eslovaquia, llegan al Vaticano las primeras noticias que señalan las matanzas sistemáticas de judíos de Europa del Este. Aunque no dejan de ser meros rumores sin pruebas documentales, y por ser tan escalofriantes son difícilmente creíbles. En agosto de 1942, monseñor Cheptyskyi, obispo metropolitano greco-católico de Ucrania, entrega a su vez información acerca de las violencias cometidas contra los hebreos. En el verano de 1941, como numerosos compatriotas suyos, habían percibido la llegada de la Wehrmacht como una liberación del comunismo. «Saludemos al victorioso ejército alemán que nos ha liberado del enemigo», escribía a Pío XII el 1 de julio de 1941. Un año más tarde, el prelado ya se había desengañado. El 29 de agosto de 1942, se dirige al Romano Pontífice: «Hoy, todo el país está de acuerdo en pensar que el régimen alemán es malo hasta un grado incluso quizá más elevado que el régimen bolchevique. Es casi diabólico».

Por la misma época, a través de Suiza, Roosevelt también ha recibido información. Por medio de su embajador en el Vaticano, el presidente norteamericano lo comunica al papa. No obstante, siendo todavía fraccionarios, estos elementos no demuestran la existencia de un genocidio sistemático. En junio de 1943, un capuchino francés, el Padre Marie Benoit, llega a Roma, es portador de un informe sobre el campo de Auschwitz, redactado a partir de los indicios recogidos entre los ambientes judíos. El centro de deportación es presentado solamente como un campo de trabajos forzados: «La moral de los deportados es generalmente buena, tienen confianza en el porvenir». El 27 de septiembre de 1943, después de la detención de los judíos de Roma, el adjunto del gran rabino escribe a Pío XII rogándole que intervenga para que se envíe ropa de abrigo a los deportados. Si bien el nuncio en Eslovaquia, Mons. Burzio, recoge en mayo de 1944 el testimonio de dos detenidos escapados de Auschwitz, su informe llegará a Roma en octubre del mismo año. Por lo tanto, al igual que los aliados el papa descubrirá muy tarde el abominable sistema de exterminio nacional-socialista.

Fueron muy pocos los que conseguían escapar de los campos de concentración alemanes, y menos aún los que una vez fuera lograron no volver a ser atrapados o directamente eliminados. Deténgase a pensar querido lector. Los judíos que se han hecho famosos posteriormente son los que consiguieron sobrevivir a los campos, pero precisamente en los campos, dentro de ellos. En junio de 1944 unos huidos de Auschwitz informaron que los campos de concentración no eran de trabajos forzados, sino de exterminio. El informe llegó a Winston Churchill, quien, a sugerencia de los líderes sionistas C. Weizmann y M. Sertock, ordenó bombardear las vías férreas que conducían a los campos, no obstante, el Ministerio de Aviación rehusó «arriesgar la vida de aviadores británicos para nada». El subsecretario de

guerra de EE UU, J. J. Mc Cloy, rechazó hasta en cuatro ocasiones peticiones semejantes. Hecho sorprendente porque el bombardeo de ferrocarriles, estaciones, depósitos y comunicaciones era constante por parte de los aliados, perturbando hasta el caos, los transportes del ejército alemán.

En 2005 en su visita a Auschwitz Ariel Sharon denunciará amargamente: «Los Aliados conocían la aniquilación de los judíos. La conocían y no hicieron nada. Todas las sugerencias de operaciones de rescate presentadas por organizaciones judías fueron rechazadas. Simplemente no quisieron enfrentarse a eso». Ménejem Beguin lamentará: «No puede decirse que los forjadores de la política británica en Oriente Medio no quisieran salvar a los judíos. Sería más correcto decir que ansiaban que los judíos no se salvaran. Otro caso extraño fue la oferta de Adolf Eichmann, responsable del transporte de judíos a los campos y arquitecto del exterminio, de liberar a un millón de ellos a cambio de diez mil camiones que habrían sido destinados el frente oriental para detener el avance soviético. La propuesta que podría haber salvado a tantas personas, fue desoída. Los Aliados se limitaron a presionar a países neutrales para que admitiesen y facilitasen el tránsito de los hebreos.

Pío XII, informado progresiva y parcialmente, contrariamente a como se retrata en la película *Amén*, no se queda inactivo. Pero reacciona en función de dos parámetros:

- Un argumento demasiado olvidado, cualesquiera que fueran sus preferencias personales, encarna una autoridad espiritual, sobrenatural, cuya vocación no es la de romper el equilibrio político-militar entre los beligerantes. Incluso en lo más recio del conflicto, como pastor universal, es también el papa de los católicos alemanes, italianos y de los países aliados del Tercer Reich.
- Pío XII realizó toda su carrera eclesiástica en la diplomacia vaticana. Diplomático por formación, diplomático por temperamento, prefiere otras vías que la acción directa. Incluso hasta la secreta.

La discreción, sin embargo, no obliga siempre al silencio. A pesar de la leyenda negra fabricada por unos pocos sectarios, Pío XII habló e insistimos en ello al igual que Ernesto García Vicente.

En su mensaje de Navidad de 1942, el Pontífice denuncia todas las crueldades del conflicto en curso, evocando «los cientos de miles de personas, que, sin ninguna culpa propia, a veces únicamente por razón de su nacionalidad o su raza, están destinados a la muerte o a la consunción». El término «raza» que se encuentra aquí, y quiere decir precisamente lo que pretende decir. El papa no utilizó la expresión «judío» a propósito, pues así lo había concertado con Myron Taylor, representante de Roosevelt. Pero los servicios secretos germanos no se dejan engañar. En un informe remitido al Führer, éstos consideran que la declaración papal está «dirigida contra el nuevo orden europeo representado por el nacional-socialismo. Pío XII acusa virtualmente al pueblo alemán de la injusticia cometida contra los judíos. Por lo tanto, defiende a nuestro peor enemigo político, a aquellos que quieren destruir al pueblo alemán». Von Ribbentrop, ministro de asuntos exteriores del Tercer Reich, ordena además a su embajador en el Vaticano protestar por esta ruptura de «la tradicional actitud de neutralidad», pidiéndole que dé a conocer que a Alemania no le faltan «los medios físicos de represalia».

En la película de Costa-Gavras, no solamente está truncado el mensaje de Navidad de 1942, el pasaje arriba citado no figura siendo este esencial, sino que se presenta el asunto como si todos los católicos de Europa hubieran estado escuchando atentamente la radio precisamente es día 24 de diciembre por la noche. Sugiriendo, sobre todo, que unas palabras impactantes del papa hubieran despertado las conciencias alemanas, deteniendo la masacre de judíos e iniciando una rebelión popular que expulsaría a Hitler del Gobierno de Alemania. No es más que un puro anacronismo o historia-ficción.

Durante la guerra, Radio Vaticano era una emisora de una potencia muy débil, por lo que era sumamente fácil de interferir. Depende de la corriente eléctrica que le proporciona el Estado italiano (sigue siendo así actualmente), que, por otra parte, ya la había cortado debido a incidentes menores. En el Reich estaba terminantemente prohibido escucharla, al igual que las demás radios extranjeras, bajo pena de sanciones que podían llegar hasta la pena capital. Además, el mensaje de Navidad fue leído en italiano, y no iban a ser los diarios del día siguiente los que lo fuesen a traducir.

Quienes denuncian los silencios del Pontífice, razonan como si la Europa de 1942 hubiera vivido con un sistema de información tan abierto y rápido como al actual, en el que podemos escuchar al papa en el telediario de la tarde o leer sus mensajes en internet casi inmediatamente después de ser pronunciados. Desde luego, este no era el caso. En un continente ocupado prácticamente en su totalidad por las tropas alemanas, la censura más estricta reinaba a todos los niveles (prensa, radio, correo), siendo escasos los medios de comunicación, debido a las restricciones y al estado de guerra. El campo de acción de Pío XII era sumamente limitado a la hora de hacer oír su voz, pues se interceptaban los telegramas y mensajes dirigidos a los nuncios del mundo entero. Se podía impedir que su periódico, *L'Osservatore Romano*, saliese del Vaticano, interferir su radio, y destruir o falsificar una encíclica destinada a Alemania.

Después de todo lo visto, ¿qué sentido tiene atacar a Pío XII tantos años después? John Cornwell, en su libro *El Papa de Hitler*, proporciona la pista cuando lo concluye con una violenta acusación contra el entonces papa Juan Pablo II, al que califica de «papa autoritario». Jean Claude Grumberg, coguionista de *Amén*, afirma que: «Esta película dice que ayer es hoy, y que ninguna autoridad tiene autoridad sobre nuestra conciencia». Por consiguiente, el objetivo, a través del papa, es atacar la noción de autoridad sagrada (jerarquía) transmitida, por el catolicismo desde Nuestro Señor Jesucristo y la Tradición Apostólica. Especialmente en lo que se refiere a la enseñanza moral, inaceptable para el mundo moderno, e insoportable para el mundo posmoderno. Las disputas entonces no se enmarcan en el debate histórico sino en el filosófico, siendo Pío XII un mero pretexto decorativo.

Desde que el nacional-socialismo perdiera la Segunda Guerra Mundial se ha producido una inaudita demonización de él por parte de los vencedores. Por extensión, todo aquello que haya tenido contacto con él también es demonizado. Aunque, curiosamente, parece que se han salvado de la quema dos actores:

- El comunismo.
- El protestantismo.

De alguna manera, al menos en el plano bélico, el comunismo podría redimirse de ese contacto pestífero. Es decir, el pacto germano-soviético del 23 de agosto de 1939, debido a su ulterior lucha denodada contra el nacional-socialismo. Lo que no puede hacer olvidar el total colaboracionismo del Partido Comunista Francés, fiel, dócil y obediente a Stalin, con los alemanes en la Francia ocupada de 1940; o el petróleo ruso de Bakú, y otros tantos pozos petrolíferos soviéticos, con el que fueron bien alimentadas las poderosas divisiones Panzer del ejército de Hitler. Por otra parte, a pesar de la investigación historiográfica y filosófico-teológica, queda muy claro hasta qué punto el luteranismo alimentó ideológicamente el régimen nacional-socialista. Curiosamente, el protestantismo, principal fabricante y difusor de la Leyenda negra antiespañola y por extensión anticatólica, no ha sido salpicado por la menor condena de la historia.